

La fisonomía de la ciudad

El retrato de Dorian Gray

Mariano Benito Araluce*

Resulta sumamente interesante apreciar los múltiples modos y maneras en que se nos muestra esa característica que singulariza a los diferentes grupos humanos: la cultura, y fascinante ir percibiendo en sus múltiples manifestaciones cómo, dentro de una serie de permanencias que la definen, las influencias que provocan las variaciones que la van transformando. Fascinante y frecuentemente deprimente.

Entre las variantes que nos permiten su comprensión se cuentan múltiples aspectos, la geografía y su derivado natural: la geopolítica; la raza, o más bien la interrelación de las razas, en el sentido de diferencias naturales de los diversos grupos humanos —no del racismo "científico" que tiene su manifestación desde el siglo de las luces—; el *ethos* de cada sociedad, y así podríamos seguir por los mil y un factores debidos a la condición humana.

Desde luego, todos estamos hechos del mismo barro, pero lo que sigue haciendo dramático y maravilloso el mundo de los hombres en ese matiz que constituye la cultura, singular y sutil, más interesante cuando se producen en los individuos las adaptaciones y las transgresiones, pero no las violaciones de sus rasgos.

Un ejemplo de los más interesantes a mi modo de ver es la Europa de hoy, la que se autodenomina "cultura occidental". Aunque constituida por algunos conjuntos complejos, lo está especialmente por dos, de hecho casi antagónicos, a los que hoy día en su

decadencia se quiere poner una camisa de fuerza para mostrarlos unidos.

Hay claramente una Europa meridional, esencialmente mediterránea, y una nórdica, o más bien una cultura de la cuenca mediterránea y otra tramontana, ligadas en un extremo por una zona que no se decide entre ser galo-romana o franca, y por la otra con el conglomerado eslavo que se ha tenido que desarrollar siempre entre tres —y a veces cuatro— fuegos. No cabe duda que las montañas son una barrera más fuerte que un mar que se denomina. Donde solemos encontrar el más acendrado cosmopolitismo es en los puertos de mar.

El afán de los nórdicos de incorporarse a la cultura ancestral tiene a veces tintes francamente cómicos, más agudos cuando vemos sus herederos naturales en América.

Desde el advenimiento de la época "de la razón", el siglo de las luces, cuando ya el norte es el dominante, se buscan mil y un medios de enlazarse con los ídolos pretéritos generadores de la que se considera el primer gran cambio hacia un racionalismo (¿qué tan cierto será esto?), los griegos —los clásicos naturalmente— para pretender ser poco más o menos los descendientes directos.

Los vehículos normalmente más utilizados son las legiones romanas, aunque nunca he entendido bien qué tiene que ver con la guerra de Troya y sus derivaciones —a pesar del mítico Eneas— y mucho menos con los

presocráticos o los pitagóricos, y cuando falta éste, que suele ser casi siempre por la obcecación natural de los bárbaros de no dejarse romanizar, se recurre al cristianismo, olvidando que para cuando los griegos fueron cristianos eran ya ajenos al mundo clásico —que horror hubieran sentido hacia una doctrina tan en contradicción con su vivencialidad natural y astuta— y totalmente orientalizados. ¿Cómo hubieran podido aceptar una religión de esclavos?

Esto de por sí puede ser motivo de varios artículos, y el que quiera ver y leer con los ojos abiertos dispone de un gran manantial.

El motivo de presentar estas dos Europas, es tratar de entender que una se expresa más bien por el mito y la fantasía para tratar de comprender —o más bien para ocultar— la realidad, mientras que la mediterránea —sudeuropa, oriental y africana—, al cabo del enorme trasiego de hombres, razas, religiones, ideas, etc... ha llegado al punto de entender que la realidad siempre supera a la imaginación más desbordada.

Esto es bastante ostensible en las artes y más obvio en la literatura.

Mientras que la narrativa meridional-mediterránea se concreta en personas cuyos conflictos y hasta sus dioses están siempre arraigados a la tierra, que es el lugar donde se producen las más inverosímiles e inimaginables realidades —y lo apreciamos desde San Agustín hasta Mutanabi, Quevedo,

Queiroz, Lampedusa, o Mahfuz—, los nórdicos han sido los creadores de la irrealidad —no confundir con la imaginativa o la ficción—, aunque el demonio, el espíritu del mal, es de clara estirpe mediterránea-oriental, la teogonía nórdica está en un estrato ajeno e irreconciliable con nuestras pasiones terrenas y su expresión del mal también. Todos los monstruos que llegan hasta nuestros días son producto nórdico, producto de su especial psicología —no es casualidad que la psiquiatría moderna sea también tramontana— desde el Golem, Frankenstein, Drácula, Hansel y Gretel, hasta el ratón Miguelito.

Aún hoy día, la más entretenida de las manifestaciones literarias de bajo nivel, la ciencia-ficción, todos los personajes son de nombres más o menos nórdicos, y nos pone en presencia de actitudes y situaciones inverosímiles, tan lejos de la ficción de las andanzas profundamente humanas del más ilustre de los manchegos.

Y probablemente los que han llevado esta fantasía hasta sus más logradas expresiones sean los británicos y los irlandeses, y entre ellos siempre he tenido una atracción por una personalidad extremadamente refinada como la de Oscar Wilde, autor de una obra cuyo título encabeza este artículo.

No tengo preferencia por esta obra en especial, antes al contrario es la que menos me satisface y creo que nada hubiera perdido no escribiéndola. Cuando leemos —ya que aquí no vemos— sus obras de teatro con su fina ironía y jocosa crítica, sus cuentos, sus comentarios sobre el espíritu del socialismo, su dramática *Balada de la cárcel de Reading* o sus —para mí lo más logrado— poemas en prosa, nos hallamos en presencia de un espíritu indudablemente selecto, cualquier cosa que esto signifique. *El retrato de Dorian Grey* desentona.

O quizá no tanto, ¿Por eso lo utilizo? Es indudable que esa fantasía nórdica de imágenes irreales, se presta a la comprensión de una realidad que por dramática queremos ignorar, pero que no podemos eludir. Que nos avergüenza de manera inconsciente.

No puedo encontrar mejor metáfora, no sólo de la depravación del individuo

humano, sino en la más notable de sus creaciones, la ciudad, y en especial la que los habitantes de la ciudad de México tenemos que sufrir.

La otrora ciudad de los palacios, ubicada en la región más transparente del aire, tiene también su iconografía. Sus retratos son muchos, espléndidos la mayoría (hasta 1950, pongamos por caso) y justifican a mi modo de ver el título que le dieron. No sólo por su fisonomía, que podemos apreciar en numerosísimas litografías, dibujos y pinturas de los últimos siglos, sino además por su ubicación privilegiada en un valle maravilloso —¡qué lamentable que Cortés no la haya refundado sobre el suelo firme!— como la vemos en los cuadros de Velasco, y aún como la recordamos los que tuvimos el privilegio de conocerla antes de la llegada del capitalismo salvaje y el México bárbaro posrevolucionario.

Si la fantasía nórdica se pudiese hacer realidad, nos veríamos privados de esos cuadros de Velasco, fotos, litografías y dibujos espléndidos, ya que los tendríamos ocultos bajo siete llaves, pero a cambio viviríamos una realidad hermosa.

Pero somos herederos del caudal mediterráneo, y la cruda realidad es lo que vemos. Somos realistas y la aceptamos, aunque no con resignación o sin protesta, sino con mordazas, muy hábiles pero mordazas al fin.

Sin embargo la deformación cultural que estamos sufriendo nos orilla hacia el mundo del espejismo nórdico, y si su tecnología nos dio esta cruz, su tecnología nos la quitará. ¡No faltaba más! ¡Para eso está, así como la solidaridad con el TLC!

No creo desde luego que la tecnología sea la culpable, y si tenemos que vivir con ella, debemos aprender a hacerlo. Eso es incontestable. Pero los que motivan y utilizan esa tecnología son los hombres, y los que la propician y se benefician de ella de manera irresponsable, con abuso de poder, sí son culpables y son bastante fáciles de identificar.

Si aceptamos nuestra raíz realista y abandonamos el fatalismo, encontraremos a los "beneficiados" de este desastre, esas especies que medran

en la sociedad, los que ejercen el poder y los que se benefician de él. Lo último que pueden alegar es ignorancia, ya que son los que tienen y controlan la información, las reglas del juego y las posibilidades de acción, ya que no hay en el mundo un grupo que haya ejercido su poder casi absoluto por tanto tiempo.

No resulta extraño que ante la realidad que se nos impone una imagen urbana degradada y cada vez más miserable, a la que no vemos fin, la ficción sea el único recurso que nos quede para manifestar nuestro inconformismo.

Una camarilla política y económica que nos ha llevado por más de medio siglo, sin participación efectiva en conflictos bélicos destructores, a una pérdida del valor de la moneda (desde 1940) en más de 10 000 veces —está correcto: diez mil veces y la estimo en 20 000— se ha burlado de toda la sociedad de un país al que están arrastrando a la estupidez con la televisión —versión moderna y mucho más eficiente que el pan y el circo— ahora pretende encontrar soluciones en un agudizamiento de nuestra pérdida de identidad.

Quizá piensen hipócritamente que ante la magnitud del problema es la mejor solución. Si pretenden orillarnos al mundo de la irrealidad y de la fantasía para que podamos imaginar lo que sea, lo están logrando.

Hagamos de esa fantasía nuestra realidad. Los psiquiatras nos esperan. Es el signo del adelanto de nuestro tiempo. Sumerjémonos en la euforia del primer mundo que nos prometen cada sexenio y cada alza de precios.

Sólo me queda una duda. Dado el estado en que estamos, para poder ver al Dorian Gray hermoso, ya que las lacras quedan en el retrato ¿dónde ocultaremos a nuestros pobres? Tan desagradables de ver ¿dónde localizaremos nuestro basurero? Ánimo. ¡Lo resolverá el próximo mesías!

Empezamos por desear a Dorian Gray, nos ilusionamos esperando al mesías, y siempre acabamos por encontrarnos con el diablo.

*Profesor investigador del Departamento de Síntesis Creativa.